

La transformación de la “villa miseria” como espacio literario: de *Villa Miseria también es América*, de Bernardo Verbitsky, a *La villa*, de César Aira

Hernán A. Biscayart

El fenómeno sociocultural de las llamadas “villas miseria” no es nuevo en la historia argentina y tampoco lo es su tratamiento por la literatura y el cine¹, aunque los abordajes al tema hayan cambiado con las épocas. En este trabajo me propongo considerar dos momentos en los que la literatura se ha ocupado del tema a través de dos novelas: *Villa Miseria también es América*, publicada en 1957 y reeditada en 2003², y *La villa*, de César Aira (publicada en 2001, también reeditada posteriormente)³. De hecho, la novela de Verbitsky dio origen a una manera –que hasta hoy se mantiene– de nombrar estos barrios, que eran vagamente conocidos como “de emergencia” o anteriormente, en su surgimiento en los años ‘30, como “villas desocupación”.

La primera de estas novelas se inscribe en el clima de denuncia social acerca de cómo los primeros gobiernos peronistas habrían ocultado la existencia de estos barrios que empezaron a crecer en terrenos baldíos, en medio del paisaje urbano, como consecuencia paradójica de la política de industrialización que atrajo a migrantes internos y externos. La segunda se enmarca, por el contrario, en el proceso de desindustrialización y marginación creciente que fue el resultado de la aplicación de las políticas emergentes del Consenso de Washington durante los años ‘90, también bajo un gobierno justicialista.

En ambas novelas hay varios aspectos desde el que resulta fructífero un acercamiento a los

1 El cine argentino tocó el tema ya en 1958 en un film de Lucas Demare, *Detrás de un largo muro*. También lo ha hecho recientemente, con la película de Pablo Trapero *Elefante blanco*.

2 Se cita por la edición publicada en 1966 por EUDEBA en la colección “Serie de los contemporáneos”.

3 Se cita por la edición de 2011 publicada por Emecé en la colección “Biblioteca César Aira”.

modos de representar distintas situaciones ligadas con la integración/desintegración de las villas con el tejido urbano; la presencia/ausencia del Estado, a través de formas más o menos oficiales, y sobre todo la relación de los personajes externos al ambiente villero con dicho medio, desde el eje política/antipolítica.

La novela de Verbitsky responde a un típico ejemplo de realismo de izquierda, propio de la narrativa argentina de la época, que en general se caracterizó por su fuerte denuncia de todo aquello que se ocultaba detrás de los discursos oficiales que pregonaban el bienestar de la clase obrera durante los años peronistas. La novela de Aira, por el contrario, elige un enfoque que elude la denuncia directa en la medida en que la transitoriedad con la que se pensaba el fenómeno se ha convertido en algo permanente, con derivaciones muy complejas, y en sus páginas se percibe la crítica al periodismo sensacionalista como constructor de realidades meramente discursivas.

Una cita que se le atribuye a Verbitsky dice: “nunca pretendí más que ser un proletario de la Remington”. Esto es, concebía su narrativa como una extensión de la crónica periodística con pretensiones de verdad, identificándose desde un lugar de clase subordinada con aquellos habitantes del bajo mundo⁴.

La novela se presenta desde el comienzo como un largo reportaje periodístico con tintes sociológicos⁵, donde abundan las referencias a distintos modos de explotación que han sufrido los inmigrantes de las provincias del Norte argentino y del Paraguay en sus lugares de origen. Casi todos los habitantes de esta villa, ubicada en algún lugar cercano al borde del arroyo Maldonado, del otro lado de la avenida General Paz –viejo límite entre la Argentina de los porteños y la de los provincianos– tienen alguna experiencia en ese sentido. El barrio recibe el nombre de Villa Maldonado, pero los vecinos, “muy decentemente”, lo bautizan como “Barrio Hortensio

4 El periodista Eduardo Blaustein señala que el origen de la novela estuvo en una serie de notas publicadas por Verbitsky en el diario *Noticias Gráficas* en 1953 (cfr. www.elortiba.org/pdf/villa-miseria-blaustein.pdf). El diario, fundado en 1931 y que continuó publicándose hasta principios de los '60, tenía una tendencia favorable al peronismo, pero eso no excluía aparentemente la posibilidad de incluir en sus páginas cierto tipo de denuncia social.

5 *Villa Miseria también es América* recibió, en su momento, la única mención del premio ofrecido por la editorial Kraft en el marco del concurso “América en la novela”, y posteriormente se le concedió el premio otorgado por la Municipalidad de Buenos Aires a la novela destacada del año.

Quijano”, en homenaje al compañero de fórmula de Perón, ya que “la designación universal se reservaba para lugares que se pudieran mostrar” (36).

Para hombres como el salteño Godoy, “el justicialismo llegó entero hasta Córdoba, no más. De allí, en todo caso, siguió cansado” (92). Varios capítulos después del que da inicio a la novela aparece el personaje que se convierte en enlace entre un mundo y el otro, el Espantapájaros, un estudiante universitario que es arrojado desde un auto por sus torturadores en la avenida divisoria entre ambos mundos, pero con algo de dinero como para tomar un colectivo y llegar al barrio. El apodo de Espantapájaros que le asigna el narrador marca la medida de su aspecto desmejorado por las vejaciones sufridas, y por eso puede mimetizarse en un medio de personas solidarias en su marginalidad, en el que obtendrá las fuerzas que necesita para recuperarse. Él también conoce, por sus vínculos con el mundo burgués, los efectos de la explotación del trabajo: “El padre de un compañero de estudios que compró en Mendoza cien mil latas de duraznos las revendió en su presencia por teléfono, ganando un peso cincuenta por lata sin tener siquiera que invertir dinero” (106). Su conciencia social, como se nos dice casi al final de la novela, se había despertado cuando decidió ayudar a obreros que estaban en huelga.

También se habla en la novela de la represión política que no distingue fronteras: el “puyandí” paraguayo equivale al descamisado argentino, y el preso político paraguayo recibe la misma tortura que su compañero argentino. Pero Villa Miseria es también Villa Trabajo: los hombres son trabajadores, especialmente en la construcción, aunque son estigmatizados por haber invadido un terreno privado y por las costumbres que se les atribuye en una denuncia penal: “tales intrusos se caracterizan por su afición a las bebidas alcohólicas y a las peleas, gozando en el vecindario de muy mala fama, por todo lo dicho y por su poca dedicación al trabajo” (57). La novela se inicia con la detención de setenta de estos hombres sin un cargo concreto. Ningún abogado intercede por ellos hasta que el enfermero Aureliano invoca su condición de trabajador en un sanatorio que atiende a varias obras sociales sindicales. El propio gerente del sanatorio se hace presente en la comisaría, obtiene su libertad y luego el comisario inicia un interrogatorio minucioso a los restantes, tras el cual recuperan también la libertad.

Los villeros esperan algo que es un milagro: que el gobierno levante “un monoblock” para ellos, pero a la vez son escépticos. A Perón no se lo nombra –recuérdese que cuando se publicó la novela estaba vigente el decreto 4161, firmado por Aramburu y Rojas–: “Ese amigo tuyo que

habla tanto por la radio para decir que todo es de nosotros, ¿cómo nos deja vivir en el barro?” (14), le pregunta uno de los personajes, Nicandro, a su vecino Filomeno. La pregunta toma por sorpresa a este típico simpatizante peronista y en segundos se trenzan en una feroz pelea, siendo separados por Fabián Ayala, un pintor de obra que se convierte en un líder barrial que los insta a organizarse para obtener mejoras en el barrio. Pero ellos no tienen mucho tiempo en ocuparse de la política. Solo son trabajadores.

Los pobres argentinos y paraguayos suelen discriminar a los de otro origen: “Los salteños decían que los bolivianos no se bañaban y que olían mal por el sudor y la coca. La última vez que había estado en Salta, [Godoy] oyó decir que veintidós bolivianos murieron a consecuencias del baño, al entrar en La Quiaca”. La anécdota causa la risa de sus interlocutores, y Godoy sigue diciendo que los “dedetizan”, aunque luego agrega que “en aquellos pagos nadie se pasa de limpio” (235). La guerra del Gran Chaco había dejado un par de décadas una enemistad entre bolivianos y paraguayos, enfrentados por intereses del capital petrolero transnacional y de la explotación de la riqueza maderera de la zona.

El Estado aparece en la vida de los vecinos como una voz lejana que habla desde la radio y de pronto deja de escucharse: “Cesó la voz, y en lugar de su monólogo se escucharon voces diversas. Y así fue que allá se recibió, no sin desconfianza, la visita de alguien que se presentó a sí mismo como periodista” (200). El Espantapájaros, con su presencia silenciosa, se convierte en un personaje que acompaña las acciones reivindicativas de los habitantes de la villa, afectada luego en parte por un incendio. Algunos de ellos, como Godoy, habían sido delegados gremiales en los aserraderos de su provincia. Se generan tensiones entre los damnificados y se rompe la unidad entre los vecinos cuando los representantes del Estado posperonista llegan a la villa para escuchar una parte de la historia y ofrecer cierta ayuda. Pero ya no prometen ningún monoblock. Ha pasado un año y el Espantapájaros siente que el haber estado allí le permitió “reconciliarse con la vida”, pero no pudo hacer nada por cambiar la vida de esas personas. Por eso se aleja casi en puntas de pie, dejando algo de sí en ese barro, pero sabiendo, cuando llueve, “sobre qué infortunio llueve” (252).

Más de cuarenta años después la pobreza se ha hecho visible en pleno corazón de Buenos

Aires. La calle Bonorino es la unión entre un barrio de clase media y una villa, en una zona de la ciudad conocida como Bajo Flores, a partir de una circunstancia topográfica que sirve también para convertirse en una referencia social. En la novela de Aira los villeros de fin de siglo ya no son asalariados explotados sino que venden su fuerza de trabajo como pueden, a partir de sus saberes. Los menos favorecidos se ocupan de arrastrar los restos del consumo de los barrios de clase media que pueden ser comercializados para ser reciclados. La abundancia de la Argentina peronista, donde hasta los villeros comían carne todos los días, se ha transformado en escasez cotidiana en los días postreros del menemismo.

La solidaridad de la clase media, sin embargo, aparece con nuevas formas que no son el resultado de inquietudes políticas o sociales. Un joven ocioso, Maxi, sin ocupación pero con sus necesidades materiales resueltas, mata el tiempo en un gimnasio, y un día descubre cómo emplear tanta fuerza desperdiciada, ayudando a los exhaustos cartoneros del barrio a transportar sus cargas. Pero no lo hace por una conciencia social súbitamente despierta o simplemente por caridad cristiana: “lo hacía, y basta” (7). Maxi carece de la elocuencia que le permitiría justificar el sentido de lo que hace, característica que el narrador registra en otros personajes de su generación, como su hermana y una amiga de esta. De hecho, ni siquiera pudo terminar el colegio secundario y un problema de visión lo incapacita para un trabajo nocturno.

No faltan en el texto de Aira los apuntes sociológicos que dan cuenta de cómo se hizo visible en la ciudad neoliberal de los noventa el trabajo de estos recicladores que a menudo son acompañados por su mujer y sus hijos, en una especie de paseo cotidiano. Pero lo que aparece es cierta perplejidad cuando el narrador observa que en la señalización urbana se habla de la “Avenida” Esteban Bonorino, algo inexplicable para los transeúntes de las primeras cuadras apenas se ha dejado atrás Rivadavia, el punto de su nacimiento. En el fondo, esa avenida se revela como puerta de acceso a la villa, como una especie de canto del cisne de una calle de existencia gris, casi tan olvidada como el coronel que le dio nombre⁶.

Maxi, en su rutina diaria, encuentra un día a un joven que duerme bajo la autopista. Ese

6 En el mapa de la ciudad de Buenos Aires se puede observar, sin embargo, que la calle, luego de interrumpirse por tramos, continúa su existencia hasta llegar al borde del Riachuelo, en la zona de Villa Soldati. Una escueta mención biográfica señala que el coronel Bonorino era natural de la Banda Oriental y murió en Buenos Aires en 1824, a los 45 años.

cartonero solitario lo lleva a descubrir a otros que realizan el mismo trabajo, y al acompañarlos en su carga llega hasta una ciudad llena de luz, que es una villa sin nombre. Los villeros de fin de siglo derrochan una luz que no pagan. No hay columnas de alumbrado público sino improvisadas guirnaldas de lámparas incandescentes, dispuestas sin ninguna clase de arte, como tampoco son artísticos los carritos contruidos por los mismos cartoneros, pese a cumplir con su función.

La villa que rodeaba el Maldonado, cuya descripción topográfica no aparece relevante, se ha convertido en un espacio sin ninguna planificación, donde no hay centro sino bordes, que son los que comunican con ese afuera del cual proviene todo lo que sirve para que sus habitantes subsistan. La ocupación de Maxi atrae la atención de un inspector de policía asignado a la comisaría del barrio. La villa está lejos de ser un lugar tranquilo: una carta de lectores denuncia que “una mafia” asentada allí amenaza la tranquilidad y la seguridad de los vecinos. El firmante, homónimo del inspector Ignacio Cabezas, acaba de perder a su hija Cynthia, víctima de una balacera⁷.

Los narcotraficantes han construido, como en muchos otros barrios similares, un Estado sin ley, donde “unos peligrosos bolivianos” distribuyen la droga. También es boliviana una empleada doméstica que trabaja en un edificio del Flores de clase media, que podría aportar información sobre la muerte de Cynthia Cabezas. La hermana de Maxi, Vanessa, y su amiga Jessica, alumnas de un colegio religioso de la zona, conocían a Cynthia por ser su compañera. Cynthia era “negrita” y asistía a ese colegio por estar becada: “Maxi había notado la satisfacción con la que comentaban las notas mediocres de Cynthia y el fatalismo en el fondo celebratorio con el que saludaron su triste fin. El crimen era una venganza objetiva de los orígenes, que no perdonaban nunca” (105).

Estos adolescentes de escasas luces se ignoran mutuamente: Maxi no reconoce en el gimnasio a Jessica como amiga de su hermana, como si se tratara de dos personas distintas. De hecho, no parece tener impulsos sexuales que descargar. Su vida es el gimnasio y el acompañamiento diario a los cartoneros.

7 El apellido de la víctima y el del inspector coinciden con el del reportero gráfico asesinado en Pinamar en el verano de 1998, en un episodio que contó con la complicidad de la policía bonaerense recordado como “Caso Cabezas”, Durante bastante tiempo se realizaron marchas para que se juzgara y condenara a los responsables, convocadas bajo el lema “No se olviden de Cabezas”.

La historia está lejos de ser una típica novela realista, donde la pobreza es fotografiada por la lente del narrador: se va transformando en una novela policial en la medida en que el inspector descubre que hay un crimen no resuelto. Las adolescentes se convierten en testigos de la búsqueda, aunque poco y nada puedan aportar. Las internas policiales y judiciales constituyen una complicación para la resolución del caso, y se presenta también una confusa relación entre la droga y las iglesias pentecostales. Cabezas mata a un joven al que supone parte de la banda de narcotraficantes. La justicia está encarnada en una mujer de corta estatura, intrépida, que se mete en la misma villa para atacar el narcotráfico, resultando ser su hijo el joven abatido. Los medios de comunicación, habituados al sensacionalismo, ahora transmiten en vivo desde el lugar de los acontecimientos, construyendo versiones inexactas de los acontecimientos. El hijo de la jueza estaba colaborando con la investigación.

La jueza tampoco tiene otras pasiones que las que se desprenden de su trabajo, pero al saberse, pese a su alto perfil mediático, que tenía un hijo, acusa a Cabezas de ser el policía corrupto. Pero el acusado por ella es el otro Cabezas, el padre de Cynthia. Los medios recogen sus declaraciones y multiplican el error casi hasta el infinito, reconstruyendo historias con fragmentos dispersos. Fotos de acontecimientos familiares sirven para dar forma a un relato tan ficcional como la historia que se sabe ficción.

La villa reconstruida en la novela de Aira es apenas un fondo arquitectónico para una historia cuyos protagonistas vienen del mundo exterior: los cartoneros no tienen nombre y casi carecen de rostro. El narrador de la novela de Verbitsky anota minuciosamente los nombres de los villeros y conoce cada una de sus historias. El único que no tiene nombre es el Espantapájaros, el que viene de afuera, el que reconoce la pérdida de su dignidad vulnerada por la tortura. En el fin de siglo neoliberal el Estado no comete crímenes de lesa humanidad, pero consiente la violencia privatizada y su desguace trae como consecuencia una lucha desigual entre “heroicos” y “corruptos”. La televisión, “que nunca se equivocaba porque era la acción misma” (177), se dispone a convertir en noticia la cacería del asesino del hijo de la jueza. Una lluvia implacable es el trasfondo casi homérico de esta lucha, pero si el narrador de *Villa Miseria...* le afligía el barro que cubría los pies de sus habitantes, el narrador de *La villa* se extasia con la visión que las cámaras ubicadas en los helicópteros policiales dan de los círculos de luces mortecinas.

El inspector creyó descubrir así el misterio de la geografía de la villa y las formas caprichosas de sus guirnaldas, como signos que guían a los consumidores que se internan en sus pasillos para abastecerse. Pero leyó mal esos signos: el seguirlos lo condujo a una emboscada que las fuerzas policiales aprovecharon para hacer que su muerte vengara el crimen contra el hijo de la jueza. Las palabras finales de la jueza transmiten su satisfacción: para los medios, ha muerto un policía corrupto y se ha dado un duro golpe al narcotráfico. Pero el crimen de Cynthia Cabezas ha quedado sin resolver.